

LETRAS

letrillas

LETRONES

POLÍTICA

La tercera opción de Akbar Ganji

Hoy, mi rostro desfigurado es el verdadero rostro del sistema en la República Islámica de Irán. Ahora soy el símbolo de la justicia que, si se le mira bien, pone ante los ojos el alcance de la opresión ejercida por los gobernantes de la República Islámica. Mi cuerpo y mi rostro exhaustos revelan, paradójicamente, la justicia proclamada y la opresión verdadera. Cualquiera que me ve ahora pregunta sorprendido: “¿Es usted Akbar Ganji? ¿Qué le han hecho?”

(Carta para liberar a los pueblos del mundo, 1º de julio de 2005).

Akbar Ganji representa el movimiento democrático en Irán, no sólo por su inmensa valentía o por la originalidad de sus ideas, sino porque ha revelado “el verdadero rostro del sistema en la

República de Irán”. Aun cuando ha estado en prisión desde el año 2000, aun cuando la enfermedad y una huelga de hambre de dos meses durante el pasado verano lo han debilitado seriamente, se mantiene en pie como la figura más importante de Irán al día de hoy.

Entre los antiguos revolucionarios que han cuestionado la República Islámica, ninguno ha mostrado el valor intelectual y moral de Ganji al interrogar y pedir cuentas no sólo al régimen Islámico, sino a su propio desempeño personal en el pasado. Su resistencia ante la tiranía del régimen es, al mismo tiempo, una afirmación contra el joven militante islamista que alguna vez contribuyó con entusiasmo al advenimiento de la revolución islámica. Su transformación de militante islamista en un valeroso disidente y acérrimo defensor de la democracia y los derechos humanos muestra cuán enteramente ha fracasado la Revolución Islámica en el cumplimiento de sus metas. La transformación de Ganji nos brinda un poco

más de esperanza en nosotros mismos y en la capacidad de cambio de la sociedad iraní.

Paso a paso, Ganji se ha redimido cuestionando el sistema mismo que alguna vez contribuyó a estatuir. Su firmeza y su actitud inamovible surgen de una inquietud intelectual y una integridad moral que constantemente lo impulsan a buscar y revelar la verdad. Nacido en un barrio pobre de Teherán, Ganji se forjó como un islamista radical cuando aún era adolescente, y ascendió a puestos de mando en las Guardias Revolucionarias. A finales de la década de los ochenta, empero, comenzó a tener sus reservas respecto de la dirección del régimen islámico, y se unió al personal de una nueva revista intelectual de corte reformista llamada *Kian*. Su participación en un círculo de estudio en torno a *Kian*, encabezado por el filósofo Abdul Karim Soroush, abrió la mente de Ganji a nuevas ideas, aunque cabe decir que más tarde dejaría atrás a todo el círculo, tanto en la teoría como en la práctica. En los años noventa, Ganji se consolidó como uno de los reporteros más importantes de Irán, y alcanzó fama por sus investigaciones que vinculaban los “asesinatos seriales” de disidentes, dentro y fuera del país, con los dirigentes más importantes del régimen. Poco después de asistir a una conferencia académica y cultural en el Instituto Heinrich Böll de Berlín, en abril de 2000, Ganji fue arrestado y se lo acusó de difundir propaganda contra el sistema islámico. Desde entonces ha sido un prisionero.

Ya sea en sus lecturas de Hannah Arendt y Karl Popper o en su trabajo periodístico, Ganji ha actuado con audacia y franqueza, sin la timidez y la ambigüedad propia de muchos de sus camaradas en el movimiento reformista. Ganji no aceptaría respuestas taimadas o compromisos oportunistas. Para él, la lucha contra el régimen islámico se ha convertido no sólo en un imperativo político, sino existencial. En una carta a Soroush, el maestro que ahora él ha rebasado por mucho, Ganji declara: “Las cartas y las notas que he escrito se

alimentan de la esencia de mi vida. Por las decenas de páginas que he escrito, he perdido veinticinco kilos de mi carne y de mi sangre.”

La naturaleza radical de la transformación de Ganji proviene no sólo de su postura política, sino de la forma en que ha decidido actuar al respecto, con lo que ha demostrado que el fin es en realidad la suma de los medios. Ganji ha captado el punto capital: para confrontar a un régimen totalitario, la primera regla consiste en crear un modelo de resistencia cuya efectividad radique en rehusarse a jugar con las reglas elegidas por el poder. Ganji crea un dominio diferente, un espacio en el que él pone las reglas. Su cuestionamiento del régimen islámico no sólo es político, sino cultural e ideológico.

Akbar Ganji comienza por atacar la pretensión oficial de confiscar la religión y proclamarse representante e intérprete único de la cultura iraní para legitimar el gobierno. Él invoca una tradición diferente, mucho más arraigada en la cultura iraní: la tradición subversiva representada por poetas como Molana Jala al-Din *Rumi* (ca. 1207-1273) y Khwaja Shams ud-Din Hafiz-i *Sbirazi* (ca. 1310-1379), con su severa e inmisericorde crítica de los clérigos hipócritas y de las ortodoxias estrechas. Así, simultáneamente, niega las pretensiones del régimen y reclama la verdadera herencia iraní a través de sus representantes culturales genuinos. Ganji expone la naturaleza ideológica del régimen islámico, la forma en que ha utilizado el islam como una ideología para llegar al poder y mantenerse ahí. Citando a Hannah Arendt y a otros pensadores occidentales, demuestra que el régimen debe más a las ideologías totalitarias modernas, como el fascismo y el comunismo, que al islam y a las tradiciones islámicas. De esta forma, ayuda a restaurar la dignidad de la religión que, en su juventud, ayudó a confiscar.

Al mismo tiempo, Akbar Ganji va más allá de la religión, de la etnia o la nacionalidad, al reconocer la universalidad de conceptos como “democracia”



Akbar Ganji antes de ser apresado.

y “derechos humanos”. Así, permite que Irán regrese al mundo, aliándose con los elementos democráticos de su país sin importar credos y abrevando libremente de los textos de pensadores democráticos occidentales. En un momento en que puede parecer que las únicas alternativas son aceptar y trabajar dentro del sistema islámico u oponerse al régimen por medio de uno de sus métodos preferidos, la violencia, Ganji propone una tercera opción. Al tiempo que rechaza la constitución y el gobierno del líder supremo y demanda un Irán secular y democrático, también llama a la resistencia no violenta. Su huelga de hambre, sus escritos en prisión y sus llamadas a un boicot de las elecciones, apuntan el camino hacia una tercera vía.

Existen muchos riesgos en la senda elegida por aquellos representados en la voz de Ganji. La lucha está lejos de terminar, pero al considerar esos riesgos también deberíamos recordar esa frase del poeta preferido de Akbar Ganji, que alguna vez citara en una carta:

Feliz el jugador que, habiendo perdido todo lo que poseía, se queda con nada más que la urgencia de seguir jugando. —

— AZAR NAFISI

UNIVERSITARIAS

La UNAM, a pesar de todo

Hace algunas semanas, el *Times Higher Education Supplement* de Londres publicó los resultados de la evaluación que practica año tras año a miles de universidades en el mundo. Predeciblemente, las grandes instituciones estadounidenses (Harvard, Stanford, MIT) e inglesas (Cambridge, Oxford) siguen ocupando los primeros lugares. Pero, por primera vez desde que se hace la evaluación, una universidad de Iberoamérica aparece entre los primeros cien lugares: la Universidad Nacional Autónoma de México. La UNAM quedó en el sitio 95, mientras que la Autónoma de Madrid y la de Sao Paulo, quedaron en el 183 y en el 196, respectivamente.

Esto provocó de inmediato algunas curiosas reacciones: desde un bravío alboroto (“¡Las buenas noticias también son noticia!”) de Fox, presidente abúlico ante la UNAM, hasta las descalificaciones de quienes se apresuraron a poner en duda la objetividad de un método evaluativo capaz de poner a la UNAM veinte lugares encima de La Sorbona. Vale la pena glosar el exabrupto más sonoro, el del periodista Andrés Oppenheimer. Asombrado ante los resultados, llamó a *The Times* (los periodistas famosos *llaman*, no consultan por internet como los mortales) para preguntar cómo se había hecho el ranking (así se dice “clasificación” en español), pues, a pesar de su intenso interés en la educación superior, ignoraba la existencia de “*The Higher*”, como se conoce a esa evaluación desde hace lustros. Las respuestas que recibió sobre la metodología no le impidieron decretar que la UNAM es una de las universidades “más obsoletas del mundo, especialmente si se tienen en cuenta los enormes recursos estatales que recibe”. Luego la acusó de confundir autonomía con autismo y de ser un “ejemplo escandaloso de falta de rendición de cuentas al país”, cosa curiosa frente a un estudio

que aplaude las cuentas que ha rendido al mundo. Oppenheimer se apoyó en una opinión del secretario de Educación Pública, Dr. Reyes Tamez, en el sentido de que la UNAM se resiste a la evaluación, otra cosa curiosa, si se considera que el SNI y el Conacyt, que dependen de la SEP, evalúan su desempeño académico con tal rigor que uno de cada dos investigadores nacionales, que ellos subsidian, pertenece a la UNAM. Una singular pirueta final de Oppenheimer le permitió convertir la ubicación de la UNAM en la clasificación inglesa ni más ni menos que en prueba de que “los Gobiernos de América Latina viven en la negación” (no dice de qué, pero se infiere que el periodista tradujo *denial* del inglés a su español).

Me pregunto por qué, de las explicaciones que Oppenheimer recibió de “*The Higher*”, no menciona una que me enorgullece mucho como investigador que soy de la UNAM desde hace veinticinco años: que en las tablas de evaluación por especialidades —ciencias, ciencias sociales, tecnología, biomedicina, artes y humanidades— la UNAM ocupó el vigésimo sitio en esta última categoría, la primera de las únicas dos instituciones latinoamericanas en ese palmarés (la segunda es la Universidad Católica de Chile, en el sitio 48), y por encima del University College de Londres, de las universidades de Chicago, Johns Hopkins, Heidelberg, Fráncfort, Florencia, Viena, Bolonia y Amsterdam. Que además, en el área de ciencias, la UNAM haya ocupado el sitio 93 me parece tan relevante, o más, que el sitio merecido en la clasificación general.

Que esté considerada la universidad de mayor calidad académica en ciencias y en humanidades en la órbita iberoamericana es algo que se debe, en muy elevada medida, a una relevante particularidad de la UNAM (que para algunos es una anomalía): sus institutos de investigación. Criticada en su momento, la creación de institutos dedicados a la investigación, sin que sus miembros tuvieran que pertenecer imperativamente a las escuelas y facultades, demuestra la eficiencia de la iniciativa y la razón que

asistió a sus promotores y defensores, así como la necesidad de continuar con esta división de actividades, como lo prueban los resultados publicados por “*The Higher*”. Además de sus responsabilidades inherentes —pensar y enseñar a pensar, publicar, asesorar y discutir, pero también dialogar con México y el mundo— y de la reglamentación estrictamente académica de su actuar, los institutos han logrado preservar las tareas de investigación al margen de las averías que los conflictos sociales extrauniversitarios suelen infligir a la institución, en especial a sus labores docentes. Habrá que suponer que, luego de esta evaluación, las críticas a los institutos habrán de detenerse a considerar su pertinencia. Sí, es triste tener que seguirse refiriendo en presente a ese tipo de adversidades, pero la última, triste, larga “huelga” de apenas hace cinco años impide usar el pretérito.

Si provoca orgullo todo lo que la UNAM ha conseguido, y entusiasmo lo que aún deberá lograr, es triste recordar que para muchos sigue siendo botín, trinchera, asilo. A pesar de saltar de una crisis a la siguiente, su esencial responsabilidad ha prevalecido, y lo dicen sus pares del mundo, no la retórica oficial. Que haya alcanzado este nivel y haya logrado este reconocimiento invita a conjeturar lo que habría logrado sin el estorbo y la agresión de quienes la utilizan para sus fines mezquinos, sin aquellos que abusan y han abusado de su vulnerabilidad, sin aquellos que la viven como una certeza y no como una responsabilidad, sin los partidos y los partidillos, las tribus y los líderes, los candidatos urgentes y urgidos, los fósiles automáticos y los militantes fosfóricos, “fishes” y “moshes”, Falcones y Castros Bustos, Diazordaces y Rosarriorobles, aviadores y okupas, CEUs y CGHaches, maoístas y sacristanes.

Esperemos que estos tiempos vesánicos que vivimos no la agredan nuevamente. Que no reviva esa “sensibilidad democrática” que ve en las universidades no una encomiable igualdad de oportunidades, sino una dudosa igualdad de hecho, y que no se le asesten

doctrinas que sostienen esa igualdad como algo que no sólo es posible sino necesario. Que no haya una nueva camada de políticos voluntaristas que saben que la UNAM es inerme por naturaleza y que subvertirla a favor de su voluntad no exige mayor esfuerzo. Que no reaparezcan los pragmáticos para quienes la UNAM vale menos cuando funciona en paz y genera beneficios a largo plazo, que cuando deja de funcionar y les otorga el beneficio inmediato y mezquino de una crisis.

La UNAM es una institución asombrosa, a veces se antoja que hasta inexplicable en la órbita iberoamericana. Hay que recordar siempre al rector Ignacio Chávez, que en uno de los peores momentos de la UNAM, y siendo él mismo víctima del verdugo en turno, pidió para la UNAM “amor, respeto y protección”. El sitio que sus pares le reconocen ahora en el mundo, pésele a quien le pese, pues que se traduce en beneficios reales para México, lo exige de nosotros. Es necesario impedir que alguien la prefiera, de nuevo, en el sótano de la clasificación. —

— GUILLERMO SHERIDAN

CANDIDATOS

Credibilidad putativa

Decía el periodista y profesor universitario Henry Adams (1858-1914) que durante las campañas electorales el aire estaba lleno de promesas... y viceversa. Pero en esta ciudad no basta con taparse los oídos, no basta siquiera una tregua navideña. Habría que cubrirse los ojos ante la sucesión de carteles adheridos a los postes con delirantes imágenes de candidatos y precandidatos: de un cierto efecto de contraluz en la propaganda de Demetrio Sodi a los espectaculares más recientes en los que Beatriz Paredes se ha soltado el cabello y sonríe a sus anchas.

En el caso de Marcelo Ebrard, la hipnótica repetición de fotografías logra confundirse con los anuncios en las paradas de autobús donde un atractivo modelo invita a probar Nescafé Clásico:

ojos parecidos, casi la misma sonrisa, el mismo cabello, aunque un poco más largo, y veinte años de diferencia.

Curiosamente, la periodista francesa Camille Vaysettes describió al candidato oficial perredista a la gubernatura del Distrito Federal para el 2006 como “más joven y más fotogénico” que Jesús Ortega, su contendiente por la candidatura.

Y aunque en junio pasado muchas de las vecinas de Satélite y Tecamachalco aseguraron a sus estilistas y entrenadores de gimnasio que “por guapo” le habían dado el voto a Enrique Peña Nieto, gobernador del Estado de México, éste no arrasó con los comicios gracias a su “linda cara”.

Que un candidato se muestre entusiasta, haga u omite chistes o despliegue una sonrisa de dientes blancos y alineados, no le garantiza un triunfo o una derrota electorales. Quizás le ayude a pasar menos inadvertido, y eso fue parte de la polémica que se generó en Estados Unidos durante la serie de debates que sostuvieron en 1960 Richard Nixon y John F. Kennedy: a decir del analista y premio Pulitzer William Safire, para el público de la radio el ganador fue Nixon “por una voz más clara y certera”, mientras que para los televidentes Kennedy se mostró menos pálido, más vigoroso y seguro de sí mismo.

Con un cuantioso número de seguidores a las afueras de Televisa Chapultepec y tras pronunciar frases aparentemente devastadoras como “soy hombre de una sola línea”, Ortega se había proclamado triunfador del debate que sostuvo con Ebrard, aunque, días después, este último fue quien obtuvo la mayoría de votos en la elección interna del PRD: 60% contra 40% por parte de su competidor.

Una (y otra) vez demostrado que esta suerte de reforzadores no definen por sí mismos una elección, cabe preguntarse por qué los electores le confirieron una credibilidad mayor a Ebrard a pesar de antecedentes en los que, al menos *mediáticamente*, se había demostrado su ineficiencia, como el linchamiento de agentes federales en Tláhuac, cuando

se desempeñaba como Secretario de Seguridad Pública.

“Nada es tan admirable en la política como tener poca memoria”, escribió John Kenneth Galbraith, con referencia a aquellos servidores públicos que juegan a olvidar hechos y promesas. En el caso de un electorado cuantioso, la desmemoria no obedece a un acto deliberado. Más bien los episodios de análisis y reflexión ceden su turno a necesidades más apremiantes, así como a sentimientos y emociones primarios.

La adhesión a una causa suele constar de componentes lógicos, éticos y emocionales; casi siempre alguno se impone en detrimento de los otros, ya que raramente se presenta un equilibrio. Son los famosos *logos, etbos y pathos*, llamadas pruebas de persuasión por Aristóteles en *La Retórica*, que Umberto Eco considera el primer manual de *marketing* político en la historia de Occidente.

Desde la obra del Estagirita, basada en gran parte en la observación de tribunos ejemplares, hasta estudios más avanzados que en las últimas décadas han incorporado un sinnúmero de especialidades y aspectos de índole mercantil, la credibilidad de una persona es la suma de inteligencia, carácter y buena voluntad, los cuales suelen traducirse en determinación para hacer las cosas, conocimiento de las necesidades de la gente y preocupación por atenderlas, así como la vinculación entre las ideas y la experiencia. Y para no restarle sentido a la tapicería de la propaganda política ni dejar sin trabajo al creciente número de consultores, estos factores suelen verse reforzados por la personalidad y la imagen.

Por lo que toca a los sentimientos que prevalecen en la mayoría de los ciudadanos, Ebrard ha capitalizado la confianza y la protección tan dedicadamente trabajados por sus antecesores de partido, de la misma forma en que Beatriz Paredes personifica lo opuesto al representar al PRI. Pareciera que muchos estrategias de campaña consagran tiempo extra a trabajar imágenes cuando podrían no sólo analizar sino

comprender los sentimientos de un electorado potencial, que hasta ahora se encuentra mayoritariamente cooptado por el PRD. En este sentido, no sirve de mucho proponer el rescate “del corazón de la ciudad” o prometer que sean los delincuentes quienes teman salir a las calles. La cordura y las buenas intenciones tienen poco que hacer frente a los ejemplos de las madres solteras o, todavía más emblemático, el de las personas de la tercera edad que, finalmente, creen que han sido tomados en cuenta.

Y bajo el aura de la esperanza, cualquier candidato se convierte en un virtual triunfador, aun cuando sea de una o varias líneas, con probada ineficiencia en casos específicos y retratado hasta el cansancio mientras estrecha la mano del Innombrable.

Ebrard se afilió al PRI en 1978 y años después fue diputado por ese partido. Posteriormente fundó, junto con Manuel Camacho, el extinto Partido del Centro Democrático. En el 2000 fue nombrado secretario de Seguridad Pública del Distrito Federal, luego de que el presidente Vicente Fox se opusiera a la sustitución de Leonel Godoy por Francisco Garduño. Fue en septiembre del 2004 cuando Ebrard se adhirió oficialmente al Partido de la Revolución Democrática y, dos meses después, tuvo lugar el linchamiento de agentes federales en Tláhuac, cuando el funcionario declinó enviar refuerzos para rescatarlos, a pesar de que el episodio duró varias horas.

“De todas las cualidades requeridas para el papel de favorito, ninguna es más necesaria que el don de la familiaridad”, escribió el siempre citable Maurice Joly en *El arte de medrar*. Al amparo de posturas rígidas y sin matices como la de “nunca enviar policías a controlar la multitud”, Andrés Manuel López Obrador apoyó la acción —o inacción— del Secretario, y fue el mismo Presidente quien destituyó del cargo a Ebrard, mientras éste rendía informe ante la Asamblea Legislativa del Distrito Federal.

Amén de imagen, credibilidad putativa y encarnamiento de la esperanza,

Ebrard presentó propuestas concretas, números y proyectos que, en tanto se antojen efectivos y cuenten con tan pródiga aceptación, no tendrán más que aumentarse o recortarse: seguro educativo para niños, ampliación de la Universidad de la Ciudad de México, 120,000 becas a discapacitados, visitas médicas a domicilio para adultos mayores, diez rutas de metrobús, alianza entre UNAM, UAM e IPN en proyectos vinculados de tecnología, reducción anual de 15% de la delincuencia y una policía eficaz, capacitada y bien pagada, que, nota del autor, ojalá no se vuelva inoperante cuando se contraponga con máximas inflexibles como la que, de alguna manera, justificó la pasividad en el caso Tláhuac.

¿Existirá un límite entre la solución de problemas específicos y aquel horizonte de esperanza? Para Karl Popper, la miseria humana era el problema más urgente en una política pública racional, mientras que la felicidad debía ser “cuestión de nuestros esfuerzos privados”. En palabras de Hölderlin: “Aquello que ha convertido al Estado en un infierno es que el hombre ha deseado hacer de él su cielo.” Y esto ya huele a otros tiempos, aunque no tan lejanos. —

— ROSE MARY ESPINOSA

VISIONES

Un caballo salvaje

“Iraq necesita un líder fuerte. Este país es como un caballo salvaje: lo que necesita es un domador enérgico. Aunque Sadam [Hussein] haya podido cometer algunos errores, siempre es mejor tener un líder fuerte que uno débil.”

Las líneas que siguen presuponen que vale la pena explorar un poco las consecuencias de este razonamiento. Se trata del viejo dilema entra anarquía y tiranía, que con claridad advirtió Carranza al abrir el Constituyente de Querétaro. Antes que otra cosa diré que, ante el atascadero donde se han metido en Iraq las tropas del imperio, he oído en labios de más de dos o tres



Francisco de Goya, Aguafuerte de Los desastres de la guerra.

ilustrados una versión u otra de este mismo argumento, que privilegia la tiranía frente a la anarquía violenta. Es decir, habría sido mejor no andar meneando y dejar Iraq como estaba, *id est*, en manos del dictador.

Pero no todo mundo opina lo mismo. Gran parte de los entrevistados por el periodista Jon Lee Anderson del *New Yorker*, en su libro *La caída de Bagdad* (Anagrama, 2005), consideran insopportable la opresión caprichosa y tiránica de Hussein y estiman no sólo falso, sino éticamente incorrecto, el argumento a favor del hombre fuerte.

“Pronto me di cuenta de que el razonamiento [que nos ocupa] venía a ser un aforismo de rigor entre los lacayos del régimen”, escribe Anderson.

Afortunadamente, el libro de Anderson no es de teorías, o siquiera ideas; el libro es, ante todo, de personas, de vida diaria en la paz y en la tormenta de la guerra. Eso es lo que lo hace fascinante: comprobar que los humanos somos esencialmente iguales, pese a las diferencias étnicas y religiosas. La inmensa variedad de tipos e individuos que palpitan en sus páginas, en el momento del violento choque de dos culturas, es lo que le da

excelencia a este gran reportaje.

¿La guerra debe evitarse a toda costa? Soy de la opinión de que sí, aun a costa de la tiranía de Hussein. Toda guerra tiene un lado absurdo y otro trágico, pero en esta de Iraq esos perfiles parecen hacerse más acusados: al tornarse más y más irreflexiva e inmotivada, la guerra se hace más trágica, más insopportable. Por ejemplo, la muerte violenta de decenas de miles de niños, mujeres, ancianos, hombres y mujeres, todos civiles, todos víctimas inocentes ¿de qué si no de la prisa y de la ambición?

Siempre ha habido guerras y siempre ha habido pintores, pero el primero (quitando a Callot) y hasta ahora el único que ha testificado lo que vio en una guerra ha sido don Francisco de Goya. Ésa es la medida de su grandeza. Y qué manera de documentar. Goya es puntual, exacto, veraz. No es sentimental ni amarillista. Se diría que es neutro en su acerada crítica: todos los participantes se perfilan igualmente atroces. Y, sin embargo, qué fino es el arte de su aguafuerte, en qué forma tan delicada han envuelto su denuncia. Catorce años, de 1808 a 1822, le llevó la factura de los grabados, que abarcan, no sólo

la guerra contra la ocupación francesa, sino la restauración de Fernando VII en el trono —el peor rey que ha tenido España, una verdadera bestia (sólo recordemos que trató de volver a imponer la Inquisición, disuelta ya por las Cortes de Cádiz).

Dos años después de terminados los grabados, en 1824, al iniciarse la persecución contra los liberales, Goya, que era “afrancesado”, liberal, tuvo que salir al exilio en Burdeos, donde murió.

Moratín, que estaba en Burdeos, lo describe en una carta: “Llegó [Goya] sordo, viejo, torpe y débil y sin saber una palabra de francés y sin traer un criado (que nadie más que él lo necesitaba) y tan contento y deseoso de ver mundo.”

El pueblo en armas, decía mi abuelo que peleó en la Revolución, es invencible. Lo prueba que el ejército de Napoleón, invencible en Europa, se rompió los dientes ante el pueblo español (fue cuando nació la expresión “guerra de guerrillas”). Lo prueba también la espantosa guerra de Vietnam, y ahora las sublevaciones por la ocupación militar de Iraq que documenta maravillosamente Anderson en su libro.

(En estos días, la serie completa de los aguafuertes *Los desastres de la guerra* de Goya puede ser vista, junto con otras muchas obras del mismo artista, en el MUNAL, en la calle de Tacuba, frente al Caballito.) —

— HUGO HIRIART

ANUARIOS

Cosecha 2004

A l leer de continuo los dos anuarios dedicados a reunir la poesía publicada en México durante 2004, uno preparado por Tedi López Mills junto con Luis Felipe Fabre (FCE), y el otro por Francisco Hernández junto con Mario Bojórquez (Joaquín Moratín), se puede concluir lo siguiente: poemas y poetas abundan, no así los asuntos de los que se ocupan. La abundancia no significa riqueza de una diversidad variable. Más que sorprender, los poemas reunidos en ambos libros

reafirman que hay obsesiones temáticas, reiteraciones estéticas, poca curiosidad en el manejo de figuras retóricas, y queda clarísimo que la publicación de poemas en medios impresos no revela la realidad del presente poético.

Mientras leía, pensé que los panoramas fechados tienen una característica: son efímeros. Y me pregunté: ¿qué sentido tiene este tipo de registros taxonómicos? No invitan a pensar en la permanencia o en la situación del idioma en su expresión cántiga. Nos ofrecen otras cosas, tales como estadísticas, directorios de publicaciones periódicas, censos de nuevos autores y fichas bibliográficas actualizadas; su carácter es informativo. Los datos que agrupan son útiles para investigadores, resultan indispensables para la sobremesa de la vida literaria, son de interés para los lectores asiduos a la poesía y contribuyen a la ampliación del curriculum de los autores de promociones recientes. Pero no trascienden la naturaleza de las visiones panorámicas, regularmente fallidas.

En el prólogo de López Mills y en la introducción de Hernández, se encuentran las diferencias que hacen atractivos los dos compendios. López Mills se niega a definir tendencias, aun cuando la suma de las partes evidencia que actualmente en México conviven, se confrontan y complementan actitudes y estéticas específicas. Hernández arriesga la definición, agrupa y describe prácticas, pero lo hace sin sustento teórico. La aproximación de Hernández a la realidad poética no es crítica sino sensible. En cambio, la tentativa de López Mills, no obstante su argumentación inteligente y crítica, elude el punto medular con el que la enfrenta la lectura del conjunto. Si, como bien observa ella, se trata de “una tradición que ya es una historia”, por qué no intentar la síntesis de esa historia a partir de la lectura de los poemas seleccionados en su anuario.

Las coincidencias de inclusión son pocas, lo que destaca la posición, la actitud desde la cual leen a los otros. Hernández aprecia más la expresión lírica, López Mills el tratamiento conceptual del poema. Leer “¡Alcohol del 96!” de

Luis Ignacio Helguera, desde la perspectiva de cada uno de los seleccionadores, hace que el poema, siendo el mismo, adquiera otro significado. En el anuario de Hernández, el poema de Helguera es un grito desesperanzado, el doloroso testimonio de un alcohólico. En el anuario de López Mills, el poema de Helguera tiene humor y exhibe las contradicciones de una condición humana donde el poder de la voluntad enfrenta un límite.

El papel activo del lector —del lector crítico—, presente desde la primera mitad del siglo pasado, implica una responsabilidad pública, sobre todo cuando su acción consiste en señalar una situación específica. Como autores-lectores de una pluralidad de expresiones poéticas, Tedi López Mills y Francisco Hernández demuestran que sus gustos e intereses son francos y bien intencionados. Los poemas seleccionados responden sin duda a la capacidad que ambos tienen para valorar y detectar la calidad de los autores incluidos. La revisión es excelente, decantada, hecha con rigor, y responde y refleja sus distintas afinidades electivas. Desde este punto de vista, ambos anuarios tienen el sello de sus propias preocupaciones estéticas. De ahí que el de López Mills se incline más por poemas donde lo reflexivo o lo meditativo adquiere un tono filosófico, y en el de Hernández la expresión lírica y el contenido social o político alcancen mayor relevancia.

El acierto de ambos libros radica en que toda apreciación objetiva está inmersa en la aproximación subjetiva, y es, como casi todo juicio, pasajera. El desacierto está en la falta de dirección. “¿Hacia dónde es aquí?”, es la pregunta con la que Antonio Deltoro tituló su segundo libro. Y es la pregunta obligada frente a un proyecto de revisión crítica sobre la producción poética aparecida, en diversas publicaciones, en el lapso de un año. No se trata de una definición normativa ni nominal, tampoco de agrupar y subrayar tendencias desde una perspectiva obvia. La necesidad de preguntarse sobre cuál es la situación del lenguaje poético, de su capacidad



CÁMARA DE
DIPUTADOS

CÁMARA DE
DIPUTADOS

Becas de por vida

Juan Ignacio
medallista paralímpico



para ganadores
de medallas
en juegos
olímpicos y
paralímpicos

LIX Legislatura

www.diputados.gob.mx

comunicativa, significa desentrañar sus contenidos, sus audacias técnicas, su presencia activa en la vida diaria. Porque, ¿qué papel juegan los poemas publicados, son ornamentales o sustanciales? ¿Cuál es su aportación a las diferentes miradas que sobre la realidad nos ofrecen los géneros escritos en prosa? Si los poemas se publican es porque forman parte del complejo entramado de la cultura. Es desconcertante ver que los poetas críticos insistan en colocar la poesía en una realidad aparte, cuando los poemas interactúan e influyen, modifican y amplían las capacidades perceptivas de cualquier ser humano. Se extraña la valoración de los significados. —

— JOSUÉ RAMÍREZ

PERSONAJES

Construir una confusión

Jorge no nació en 1866. No el año de publicación de los primeros capítulos de *Crimen y castigo*. Jorge no se vio obligado a abandonar sus estudios universitarios por falta de *kópeks*. Jorge ni siquiera lleva *kópeks* en el bolsillo, y tampoco ha cursado la universidad. Jorge no vive en un cuartucho inmundano ni come lo que una criada le da por compasión. Jorge no se llama Rodión Raskólnikov, pero lleva dos semanas tratando de pronunciar correctamente ese nombre. A veces por las noches, cuando el insomnio no le permite dormir, separa las sílabas y las pronuncia despacio, ordenada y desordenadamente, sin conseguir pronunciar Raskólnikov. Separa las sílabas e intenta acomodarlas como cuadros de un cubo de Rubik. Vaya complejidad, piensa, sin conseguir articularlo. ¿Puede esta torpeza verbal ser motivo para matar a una anciana? Jorge no está acostumbrado a los nombres complicados y, mucho menos, a éste. Sin embargo, algo lo ha arrastrado ahora, de pronto, hacia los nombres extravagantes; por ejemplo, Aliona Ivánovna. Algo lo ha acercado a las ancianas como Aliona. Jorge se ganó la confianza de algunas ancia-

nas. Las acompañó a dar un paseo, las llevó a comprar el pan y las condujo hasta sus casas. Jorge ha matado a varias ancianas, ninguna de ellas usurera. Matar sin robar, sin llevarse nada. Matar por matar. Las razones por las que Jorge ha desnucado a esas ancianas achacosas, al borde de la muerte, es tan incomprensible como quien compite por armar un cubo de Rubik en menos movimientos. Jorge no se apellida Raskólnikov, y tampoco se llama Jorge. No sabemos cuál es su nombre, aunque, sabemos, su padre se llama Fiódor.

Aunque también podríamos creer que en su familia no hay nadie con ese nombre. Las autoridades nacionales lo han nombrado “el mataviejitas”, y un mote tan poco agraciado nos hace pensar que tampoco hay un Fiódor avisado en el Poder Judicial. En un extremo que a Raskólnikov nunca se le ocurrió, este hombre viste como enfermera y se hace llamar Ana. Ana ha mostrado talento para desconcertar a la ley con sus movidas. Por ejemplo, la policía ha irrumpido en diversos centros nocturnos frecuentados por travestis para recolectar huellas digitales, sin encontrar pistas. Dos años de asesinatos y las conclusiones siguen siendo desordenadas: cuadros rojos, amarillos y verdes del mismo lado. A diferencia de Raskólnikov, quien dio muerte a la usurera con un hacha, Ana ha utilizado como armas letales aquello que reposa en las estancias de sus víctimas. Armas letales como, por ejemplo, una pantufla. O el cordón de la bata de dormir, unas medias, el cable de la televisión, una andadera; armas ingeniosas en manos de Ana. Ana, la enfermera que va tras las abuelas solitarias, más cercanas al otro barrio que a éste, para anticipar la muerte, acaso un par de años, o quizá para probarse a sí mismo que es un hombre poderoso, capaz de violar las leyes e ir contra el flujo moral. Importa lo mismo conocer sus razones que conocer al campeón mundial del Rubik. No obstante, tenemos noticia de su fijación por la senectud. Por dejar huellas digitales en la bolsa de pan, en el quijote de lladró, en el

piano, en el televisor, en algún sillón forrado de plástico. Ana no roba, sólo mata octogenarias.

Ana se ha escapado de un libro. Ana: un asesino que ha saltado de las páginas de *Crimen y castigo*. Un brinco de la ficción a la vida. Si Dios ha creado el mundo con veintidós letras del alfabeto, ¿no podría Dostoievski, con sus seiscientas páginas, darle vida a un asesino? ¿No podrían desplegarse los autores, sus creaciones? Y con ello se multiplican las posibilidades. Si Raskólnikov pulula por las calles, ¿cuántos otros personajes estarán vagando por ahí? ¿Cuántos más pidiendo la hora a un desconocido o levantando el pulgar a un taxi? Ganas de tomar el teléfono, y no *El guardián entre el centeno*, a la mitad de la noche, para salir por un trago con Holden Caulfield. Ganas de que Elisabeth Costello toque a nuestra puerta y no en una de las novelas de Coetzee. Ganas de cometer alguna infracción con el auto para llamarle a Joseph K., quien amablemente podría acompañarnos al ministerio público, aligerando con sus anécdotas el camino. Ganas de ladrarle a un niño en el parque, a Carlitos de *Las batallas en el desierto* para desconcentrar sus pensamientos amorosos. Con hambruna, consultar a Toru Watanabe para pedir sushi y no salivar leyendo *Tokio Blues*. Hablar de desamor con Arturo Bandini, preguntarse, entre copas, si el último amor todavía nos quiere, y, conversando entre risas, olvidar que Bandini es de Fante. Llevar en la agenda estos teléfonos, llevar otros por si hacen falta. Mezclar por igual los números de los amigos y de uno que otro personaje ficticio. Confundirse entre la realidad y la ficción.

Confundirse, sí. Saber que de vez en cuando esos personajes figuran en la televisión, o que por amor se sumen en la silla de una cantina, o que rompen un vaso en el nombre de un chiste. Confundirse entre la lectura y la vida como un daltónico con el verde y el rojo. Poder confundirse sin titubeos. Leer las noticias y creer que algún personaje se ha fugado de un libro o al leer

un cuento reconocer a un amigo, mezclar los cuadros como quien desordena un cubo de Rubik. Nunca estar seguros de que al cerrar el libro los personajes descansan. —

— BRENDA LOZANO

APELLIDOS

Sahagún, como Rabindranath

Durante años, no hubo en Guadalajara un dependiente de banco que pudiera escribir correctamente el apellido de mi familia materna, ni una secretaria de escuela capaz de comprenderlo. Durante años fuimos adiestrados en la casa para el rápido deletreo: S-A-H-A-G-Ú-N (dicho como cantaleta: ese-a-hache-a-ge-u con acento-ene). Los resultados de esa campaña permanente de comunicación fueron más que modestos. En el Colegio Cervantes, mis hermanos y yo fuimos no pocas veces nombrados, premiados o castigados como unos meros *Sabún*. Para el recibo telefónico, mi abuelo era Manuel *Sagín*; para el de la energía eléctrica, Manuel *Safrajín*. Para el del gas era, de plano, Manuel Lechuga. Los cobradores del gas no sólo no le entendieron nunca al apellido, sino que le vieron algún parecido —ine-



Rabindranath Tagore.

xistente— con el cómico de *Ensalada de locos*.

La conversación de la familia incluía siempre anécdotas sobre las nuevas mutaciones a las que el apellido se había visto sometido por los malentendidos nativos: “¿Puedes creer que en la credencial del boliche soy *Zaguán?*”, “¿Te parece justo que para Gobernación sea yo *San Gún?*” Ni por el arduo trabajo misionero de Fray Bernardino, ni por las hipotéticas bellezas de Ciudad Sahagún (a donde nunca hemos ido) el país se había enterado de cómo escribir la palabra.

Manuel Sahagún, mi abuelo, llegó a México en 1948, con mujer y dos hijos. Había sido republicano en la Guerra Civil y acabó, como miles de españoles más, por hacer vida lo más lejos posible de Franco. Nació en un pueblo llamado Villafranca de los Caballeros, en la provincia de Toledo, pero nada tenía que ver con el arquetipo del manchego bruto. Era profesor, dibujaba con notable gracia y leía a Unamuno, Azorín, Baroja. Se conserva todavía en casa su ejemplar de *Los héroes*, de Carlyle, comentado en los márgenes por su puño. Nunca frecuentó los círculos intelectuales, pero tenía una cultura sólida y muchos libros en casa.

La primera señal de que algo iba a cambiar en la percepción sobre nuestro apellido fue el encabezado de un diario amarillista, entrevistado por mi madre desde la ventanilla de un autobús que cruzaba Michoacán, de camino al DF. “Sahagún, acorralado”, decía. Se precipitó a adquirir el ejemplar, no se sabe bien si por la angustia de que uno de su sangre se encontrara en comprometida situación o por el gusto de ver su apellido escrito correctamente en letras bold de 110 puntos (el acorralado, cabe aclarar, no era pariente nuestro. Se llamaba Fernando Sahagún Vaca, y fue mandamás de la Dirección para la Prevención de la Delincuencia en los tiempos del inolvidable Arturo *el Negro Durazo*).

El segundo síntoma fue más alarmante. “Hay una señora Sahagún que es la vocera del gobernador de Guanajuato”, informó mi madre un día, como

en 1999. Tampoco esta mujer era pariente nuestra —nuestra rama es tan escasa en nacimientos que todos los Sahagún descendientes del desembarco de 1948 cabemos en un Volkswagen. Eso no impidió que mi madre y tía votaran por el gobernador de Guanajuato cuando se postuló para presidente “por hacerle el favor a la parienta”. Sus votos fueron, quizá, los únicos que Marta Sahagún puede atribuirse haber aportado a la campaña de Vicente Fox, además del propio.

Con la llegada a Los Pinos, pero sobre todo con su boda con el presidente, doña Marta consiguió algo extraordinario: que la gente, al recordarla, pudiera escribir mi apellido materno sin recurrir a la equis o a la zeta —también provocó un efecto colateral nefasto: nos hizo sospechosos de cercanía con el poder o, peor aún, de connivencia con las decisiones presidenciales; más de alguna vecina piensa que mi madre alberga toallas diseñadas por Karl Lagerfeld, de diez mil bolas, en el baño de la casa que alquila.

Sin embargo, las opiniones familiares se mantuvieron en la ambigüedad durante mucho tiempo —especialmente entre la generación mayor, porque entre los jóvenes la popularidad de la tía Marta nunca fue notable. Pero todo se derrumbó hace unas semanas: la primera dama, con todo y su letrado apellido —por lo que a nosotros toca, al menos— tuvo el desliz de confundir el nombre y género del poeta indio (y premio Nobel) Rabindranath Tagore al intentar citarlo en un discurso y lo convirtió en una misteriosa *Rabina Grand Tagora*. Eso es intolerable. ¿Los Sahagún, que sufrimos durante años la tiranía ortográfica de los ignorantes, seremos los primeros en escribir mal el nombre ajeno? ¿Acaso se piensa la primera dama que don Rabindranath, en caso de que viviera aún, no pondría todo el empeño de su turbante y barbasas en pronunciar *Sahagún* en toda su belleza manchega y sánscrita?

Ni siquiera yo —que crecí en el odio a don Rabindranath por culpa de un padre efusivamente aficionado a rega-

lar sus poemas en vez de regalar juguetes— apoyo el desliz: el nombre ajeno hay que decirlo bien, aunque duela. No, doña Marta, le agradecemos que lograra que los recibos por fin lleguen bien escritos, pero nunca más diremos “Sahagún, como Marta”. Ahora diremos, desde lo alto de nuestra ira: “Sahagún, con hache de Rabindranath.” Y si usted persiste en el error, nos cambiaremos el nombre a Lechuga. —

— ANTONIO ORTUÑO

POSTALES

Un café, nada más

Quedo de verme con un amigo en un Starbucks que queda “cerca de mi casa”. Hay tantos Starbucks cerca de mi casa (y de cualquier casa) que me veo obligado a preguntar, ¿en cuál de todos? Resulta ser el de Picacho. Media hora después estoy sentado en una terraza, debajo de la ubicua sombrilla verde, rodeado de niñas con uniformes idénticos y cigarro en mano. El calor raya en lo abominable. Pero no importa: quiero un café. Y lo quiero caliente; me acabo demasiado rápido los cafés fríos, y, por cincuenta pesos, más vale que me dure dos cigarros.

Mi amigo llega. Nos saludamos. Caminamos hasta la cola y esperamos quince minutos para ser atendidos.

—Hola, buenas tardes. Ah no, buenos días, ¿verdad?, todavía no son tardes —me dice la cajera, esbozando una amplia, amplia sonrisa.

—Sí, buenos días —me río.

—¿Qué vas a llevar?

—A ver, déjame ver...

Observo el menú, justo enfrente de mí. Tanto de donde escoger.

—Un *mocca*

—¿Blanco?

—¿Perdón?

—¿Blanco?

—¿Cómo que blanco?

—¿Con chocolate blanco?

—Sí.

—¿Caliente?

—Por favor.

—¿De qué tamaño?

—¿Mediano?

La cajera me enseña el tamaño mediano, luego el grande y luego el *venti*. El mediano es el chico, el grande el mediano y el *venti* el grande.

—No, no, el chico no, el mediano.

—O sea, ¿el grande?

—No, no quiero el *venti*.

—El grande es el mediano.

—Entonces ¿el mediano qué es?

—El mediano.

Estoy confundido.

—El grande, entonces.

—Muy bien, ¿tu nombre?

—¿Mi nombre?

—Sí, ¿me lo das?

—Daniel.

—¿Gamiel?

—¿Quién se llama Gamiel?

—Perdón, ¿cómo te llamas? —dice sonriendo.

—Daniel.

—Ah, ¿Daniel?

—Sí, Daniel.

—Muy bien, Daniel.

Pago.

—Aquí te entregan tu café.

Y me guía hasta la última parada de la línea de producción de Starbucks. Ahí, por cierto, hay ya diez personas en claro estado de desesperación.

—Gracias.

Después de un rato llega la palabra que más quería escuchar “Daniel”: seguido por: “*Mocca blanco venti*.”

Un señor se para junto a mí al lado del café. Dice ser Daniel y haber pedido un *mocca blanco venti*. Yo lo pedí grande pero, pienso, entre tanta confusión, quizá me lo hicieron *venti*; después de todo, como bien me explicó *Miss* Sonrisas, el *venti* es el grande y el grande es el mediano y yo ya ni me acuerdo qué pedí.

—Creo que yo también pedí un *venti*.

—No, yo pedí el *venti* —me dice el señor.

No pienso discutir, así que pregunto si hay algún otro *mocca blanco grande* para Daniel.

—Sí, ahí viene: *mocca blanco mediano*, para Daniel. —

— DANIEL KRAUZE